

torrecilla que se levanta en lo alto del frontispicio. Adán Kraft, el autor de esta torre, adornó de esculturas todo lo demás del monumento, tanto por dentro como por fuera, habiendo cortado y cincelado en varios parages muchos relieves del mejor gusto.

En su conjunto, la iglesia de Nuestra Señora de Nuremberg es un edificio semi-gótico y semi-griego, y uno de los mas bonitos monumentos de una ciudad en que abundan las obras originales.

VISIONES DE LA NOCHE EN LOS CAMPOS.

POR JORGE SAND.

Siempre he dicho verdad, y en esto no miento, dice Jorge Sand comenzando la narración que sigue.

En distintas ocasiones y en horas diferentes de la noche, he recorrido el campo solo ó acompañado de cobardes, y excepto alguno que otro meteorito inofensivo, ó añosos árboles, no he logrado jamás hallar un objeto fantástico digno de atención.

Esto no obstante, continúa, disiento de los que sostienen que las supersticiones rústicas son mentira, imbecilidad y efectos del miedo: en mi opinión deben denominarse ilusiones ópticas ó fenómenos exteriores insólitos é incomprendibles, pues no creo en hechicerías ni ensalmos. Los cuentos de brujas y las fantásticas apariciones atribuidos á los imaginarios prodigios de la noche, forman el poema casero de las preocupaciones campesinas.

Y si no, ¿caben por ventura aberraciones en el modo de obrar de los sentidos? ¿á qué razones filosóficas están sometidas? — Todo su fundamento consiste en que se han tenido por ciertas y constantes; en otro concepto es enteramente falso sostener que aquellas son obra del miedo, lo cual podrá concederse en ciertas pero raras ocasiones. Hombres hay de sangre fría con un valor natural muy reconocido y rodeados de circunstancias que no agitan, al parecer, su espíritu; hombres también esclarecidos, sabios ilustres que han experimentado apariciones sin haber sufrido alteración su juicio ni perturbádose su salud.

Mucho se ha escrito sobre este asunto, pero es lo mas notable el tratado del doctor Briere de Boismonth, analizando las causas del alucinamiento. Solo haré una observación útil en estos trabajos serios, á fin de demostrar que mas propensa es la gente del campo á las ilusiones que las personas cultas. A no dudarlo, la ignorancia y la superstición conducen á considerar como efectos sobrenaturales las simples aberraciones de los sentidos, no siendo otra su causa productora que la imaginación, segun queda indicado; ella no hace mas que explicarlas.

Dírase que la primera educación, los cuentos de viejas, las horribles relaciones de las nodrizas y de las abuelas preparan el ánimo de los niños y aun el de los adultos para fenómeno semejante. Ya lo veo: también se dirá que las nociones elementales de física y algo de burla volterriana pueden purgar fácilmente los campos de esas preocupaciones: esto es menos cierto. El aspecto continuo de aquellos, el aire que allí se respira, los variados cuadros que la naturaleza ofrece á nuestros ojos, y que sufren modificaciones instantáneas en la sucesión de las alteraciones atmosféricas, son para el rústico condiciones especiales de su existencia intelectual y fisiológica. Ellas le hacen un ser mas primitivo sí puede ser, mas normal, mas apegado al suelo y confun-

dido con los elementos de la creación, que los que por la cultura de la mente nos encontramos, digámoslo así, mas apartados del sol y de la tierra, llevando una vida facticia, encerrados en el interior de bien aparejadas habitaciones. En las chozas, en las cabañas, el salvaje vive entre nubes, relámpagos y viento que rodean y penetran sus frágiles moradas. Hay pescadores en el Adriático que no conocen el abrigo del techo, pues duermen en su bajel cubiertos con una estera, la faz bañada por la claridad de las estrellas, acariciada la barba por la brisa y mecidos incesantemente por las olas. Muchos buhoneros bohemos, tratantes en bestias duermen siempre al aire libre como los indios de la América del Norte. La sangre de estos hombres circula ciertamente de distinto modo que en nosotros, sus nervios tienen diferente equilibrio, otro curso sus pensamientos, sus sensaciones se producen de diversa manera. Pregúnteseles, y ni uno habrá que no haya visto prodigios, apariciones extrañas, é inexplicables escenas de noche: entre ellos los hay valientes y muy racionales, pero que no son de los menos alucinados. Medítense las precedentes observaciones y por una multitud de hechos curiosos tendremos que el alucinamiento es compatible con el pleno ejercicio de la razón.

Este es un estado fatal del cerebro, sin embargo de presentarse la causa física ó moral de las perturbaciones espirituales ó corporales, aunque á veces obra de un modo inesperado y misterioso á punto de sorprender los espíritus mas firmes.

En los aldeanos suele originarse aquella, al parecer por una ley regular de su organización, y les afecta de otra manera que á nosotros. En cuanto á nosotros, solo experimentamos terror cuando á virtud de la pesadilla ó la fiebre perdemos el conocimiento. Entonces queremos atribuirlo al sueño ó cosa semejante: pero nos hace impresión el no poder sustraernos de ese estado con un solo esfuerzo de la voluntad. Gente ha habido cuyo juicio ha vacilado dudando de su existencia: los campesinos nunca sienten esta congoja; creen haber visto objetos reales á que tienen sumo miedo; pero no afectándoles la conciencia, se hace ciertamente menos peligrosa la fascinación en aquellos que en nosotros. No es ella pues el móvil único de mi inclinación á admitir hasta cierto punto las visiones de la noche: creo que existe porción de pequeños fenómenos nocturnos, explosiones ó incandescencias gaseosas, condensaciones vaporíferas, ruidos subterráneos, espectros celestes, leves aerolitos, hábitos caprichosos inobservados, movimientos aparentes de animales; mil cosas, afinidades misteriosas ó bruscas perturbaciones de las costumbres de la naturaleza que casualmente observan los sabios, y que los rústicos en su perpetuo contacto con los elementos, señalan á cada instante sin poder explicarlos.

¿Qué juzgaremos, pues, de lo que se refiere de los loberos? — Este es el vestigio de semejante creencia entre los licántropos. En Berry, donde las fábulas con que se entretienen los muchachos no son tan portentosas ni terribles como las que saben nuestras abuelas, no recuerdo se me haya hablado ni una sola vez de aquellos *hombres-lobos* que tanto admiraban en la antigüedad y en los tiempos medios. Sin embargo, se hace uso allí todavía de la palabra *garou* con que se significan, pero se ha perdido ya el sentido genuino de la expresión. No son los cazadores de lobos que acaudilan esas bandas de hechiceros que se transformarían en tales fieras para devorar los niños vivos; son antiguos leñadores á quienes se considera sabios ó malignos

guarda-cazas que poseen el secreto de encantar, subyugar, amansar y conducir ó quiera los lobos efectivos. Bastantes personas he conocido, dice el autor, que al salir la luna han encontrado en la cruz de cuatro caminos, uno de esos ensalmadores enteramente solo y marchando presurosamente seguido de mas de 30 de los indicados animales feroces; ¡30 lobos!!!. Dos sujetos, testigos presenciales del caso, me han referido haber visto cierta noche pasar por el bosque una grande manada de aquellos. Apoderándose de ellos el terror, se subieron á un árbol para preservarse de una invasión, y desde allí notaron que todos se detenían á la puerta de una cabaña de un leñador reputado por hechicero en la comarca, la cercaron y á sus espantosos ahullidos salió, hablóles, paseóse entre ellos y se dispersaron sin hacerle daño.

Esta historia es de un palurdo y no extraño su ignorancia; pero lo que no se concibe es que personas ricas, bien educadas y de criterio, viviendo cerca de un monte donde se divertían frecuentemente cazando, me hayan jurado por su honor haber presenciado un hecho semejante con sus propios ojos. Un viejo, guarda de monte de oficio, se fijó cierta ocasión en una encrucijada, haciendo caprichosos ademanes, á cuya señal acudieron trece lobos, de los cuales el mas enorme fué á lamerle la mano derecha y le acarició. Silbando á los demás, á guisa de perros, se lanzó luego con tan grata compañía á la espesura del bosque. Los narrantes de esta historia no se atrevieron á seguirle y se retiraron tan sorprendidos como asustados. — ¿Si serían entonces presa de una alucinación? — Cuando esta afecta al mismo tiempo á muchos, lo que puede ocurrir con facilidad, adquiere un carácter inexplicable, lo conozco. Se supone cierto lo que es un engaño, y entónces suele denominarse *alucinamiento contagioso*: mas de qué sirve saber el nombre si no conocemos la causa? — ¿Cómo está simultaneada en una considerable masa de individuos reunidos esa disposición de nervios y de la circulación de la sangre para oír ó ver objetos quiméricos? — Lo ignoro.

Pero ¿porqué no ha de admitirse que el que vive en el seno de las malezas, que tiene á toda hora proporción de estudiar las costumbres de los animales salvajes, haya logrado por fortuna ó por cierto género de inducción, el medio de sujetarlos y hacerse amar de ellos? Diré mas: ¿No será factible que en esas personas exista un fluido simpático á determinadas especies de irracionales? — En nuestros dias hemos visto domadores de fieras en jaula tan hábiles é intrépidos como no parece inverosímil admitir el dominio de algunos hombres sobre los animales salvajes en libertad.

Y ¿por qué ocultarán ese secreto sin provecho mas que el ostentar su poder? ¿Por qué el hombre soez, en quien reside una causa natural y un efecto de la misma indole, no cree que obedezca á las leyes de la naturaleza? Preséntesele una medicina, probándole sencillamente su eficacia, y desconfiará; pero agréguese á aquella un término incomprendible al administrarla y tendrá fe. Confiésele el secreto de sanar el constipado ó el reuma con la raíz de malvasisco, y aconsejese la necesidad de aplicarle, haciendo tres signos cabalísticos ó poniendo un vaso boca á bajo, y se conceptualará hechicero en lo respectivo á ese remedio. Curará á todo el que se ofrezca, mas bien por su fe que por la medicina, pero se reservará cuidadosamente el nombre de la planta vulgar que produjo el milagro; hará de esto un misterio; el misterio es un atractivo.

No hablaré de lo que genéricamente se denomina *secreto*, pues haría una digresion que llevaria á otro terreno este

asunto; me limitaré á esponer que hay para todo su secreto, que todos los rústicos de gravedad y experiencia poseen el secreto de cualquiera cosa; son por lo tanto hechiceros y ellos mismos se lo creen. Saben cómo se han de tener buenas leyes y cómo engordan las vacas de los mejores ganaderos. Conocen un remedio para que la lana abunde; otro para que los alfareros puedan precaver que se desfonden las ollas; el mas á propósito para que los curas encanten las campanas contra el granizo. Saben curar el mal de vientre, las torceduras de los pies y toda clase de heridas. Obra en ellos cierta virtud para atraer la caza, poseen la habilidad de influir en el fuego y contener el incendio con ciertas palabras y ademanes, así como tambien dominan el agua de donde estraen los cadáveres de los ahogados é impiden la inundación, y no sé qué mas secretos hay para las plagas y enfermedades de los hombres y de los animales. Estos pasan de padres á hijos, ó se transmiten á peso de plata, pero jamas se descubren gratuitamente á nadie: el secreto de los loberos está en idéntico caso.

La cacería fantástica es una de las escenas nocturnas muy admitidas, y tiene tantos nombres como pueblos hay en el universo. Entre los franceses se le conoce con el de *chasse á basset* (caza de asnos), y se aplica al ruido repugnante, y grotesco de un incommensurable tropel de burros que rebuszan. Cada cual se le presenta como le parece, mas segun los aldeanos es una cosa que no se escucha ni vé, es una ilusión, un fenómeno acústico. Se me ha figurado oírle algunas veces, y lo describiré de la manera mas vulgar. En los últimos dias de otoño, cuando los grandes burocanes diseminan las bandas de pájaros viajeros, se oye de noche un inmenso clamor melancólico y angustioso de grullas y ocas salvajes. Los patanes que se consideran crédulos y poco observadores no sufren engaño en esto, pues bien les consta el nombre y conocen el grito de las diversas aves exóticas que se pierden y dispersan en las tinieblas. Sin embargo, fíjense allí en su mente una caza anual. Oyen con frecuencia aquel ruido, y yo que largo tiempo he vivido y andado errante como ellos entre ráfagas y nubes, nunca vi tal cacería. Su pasaje dicen que suele indicarse por la aparición de dos lunas, mas yo no he tenido esa suerte; solo he observado la única que todos conocemos.

El toro blanco, el becerro de oro, el dragón, el ansa, la gallina negra, la puerca blanquecina y otros muchos animales quiméricos, guardan, como es sabido, los tesoros enterados. En la noche de Navidad, al punto de cantarse la misa, pierden su poder estos guardianes infernales, hasta el último toque de campana anunciando que concluyen los divinos oficios. Esta es la única época del año en que se hace mas posible el hallazgo de un tesoro; pero es preciso saber dónde está, aprovechando tan corto tiempo para escavar y apoderarse de él. Si al *ite misa* está el sorprendiéndose á uno cualquiera, adios dicha, adios esperanza.

Esta tradición es universal, no hay ruinas de palacios, monasterios, ó de monumentos célticos que no encubran tesoros y todos están custodiados por alimaña diabólica. M. Jules Canouge, en su célebre tratado de cuentos meridionales, ha traducido la graciosa y poética aparición de la Cabra de Oro guardiána de las riquezas escondidas en el seno de la tierra. En nuestros climas menos risueños, y alrededor de las crestas que coronan las áridas colinas de la Mancha hay un buey blanco, un becerro de oro ó una vacuilla de plata, que hacen desvariar á personas codiciosas.

En los valles sombríos, donde existen estensas lanuras fértiles, un animal indefinible se pasea de noche en épocas

indeterminadas, persigúe los bueyes que están paciend, anda vagando á las inmediaciones de las alquerías y pone á los labriegos en cuidadosa inquietud. Ládranle los perros y huyen al aproximarse, y las balas no penetran su piel. Esta aparición y el terror que inspira aun no se ha perdido. Los colonos de las haciendas, los criados creen y aseguran haber visto en aquellos parages la *gran bestia*, que así se le nombra por tradición, la cual tan pronto se aparece de la alzada y forma de un tejon, tan pronto figurando un perro de la altura de un buey enorme, tan pronto bajo el aspecto de una galga blanca de la magnitud del caballo, tan pronto en fin, como una liebre. Los menos ilusos no le atribuyen poder fantástico, contentándose solo con decir que pertenece á una especie desconocida. Mientras tanto esa bestia se muestra, por efecto de la alucinación ó porque influye el vapor flotante y condensado. Gentes muy veraces y racionales la han visto en virtud de cualquiera de dichas causas. Contra estas razones podrá insistirse manifestando que los perros han participado de la misma visión; conformes: ¿qué motivos hay para negar que habrán sido también alucinados? ¿Por qué no? ¿Son acaso ladrones que se introducen con aquel disfraz? La bestia jamás ha perpetrado robos; ¿serán malvotos chistosos? Tantos son y tan ciertos los disparos de escopeta que se le han hecho á pesar del miedo que alteraba las pulsaciones, que desde luego debiera haberse herido sino muerto el soñado fantasma. Por fin, si este género de apariciones no es resultado de la ilusión, no hay duda que lo parece. Durante quince ó veinte noches, los veinte ó treinta habitantes de una cortijada la vieron é intentaron su persecución. Esto trascendió á otros labradores, de ellos se transmitió á otros muchos, siendo el tema de todas las conversaciones.

Todavía es mas espantosa la siguiente aparición nocturna. En las charcas estancadas, donde se crían inmensos brezcos como sucede en el nacimiento de las fuentes sombrías y en los caminos no transitados y húmedos, ó bajo las copas de envejecidos sauces, se oye á medianoche el trágico de las lavanderas. En varias provincias creen que abocan la lluvia y atraen la borrasca, haciendo levantar hasta las nubes con su agilidad el agua de las fuentes y marjales. En Francia es peor el agüero: baten y trencen un objeto como lienzo, pero aproximándoseles se truecan en momias de niños. Se necesita gran precaución para observarlas y no tocarlas, pues de lo contrario se espone cualquier curioso á crecer seis pies con músculos proporcionados.

Diferentes veces se han sentido ese batir y forzar fantásticos y resonar con el silencio de la noche cerca de las balsas desiertas. Aquí está el engaño, pues consiste todo en una clase de ranas que producen ese ruido formidable. Triste es en verdad hacer tan pueril descubrimiento después de invertir el tiempo esperando la aparición de las horribles hechiceras torciendo sus inmundos andrajos en la bruma de las noches de noviembre á las primeras claridades de una creciente reflectada por las aguas. Un amigo mío, añade el autor, hombre de mas gracia que talento, debo confesarlo, dado á las bebidas, muy valiente tratándose de cosas reales, encontró dos veces las lavanderas sin haber referido de ellas otra cosa que la mucha emoción que le causaron. Una noche cerca de las once y media observó una barquilla encantada que corría, digámoslo así, serpenteando y brincando hacia el flanco ondeado del barranco de Ormous, y al borde de una fuente una vieja que batta y torcia trapos en silencio. Como nada vió sobrenatural, se determinó á hablarla de este modo. — «¡Anciana, cómo lavais tan tar-

de! — No obtuvo contestación: creyóla sorda y se acercó. La luna brillaba y la fuente estaba tan clara como un espejo: distinguió perfectamente las facciones de la vieja, que desconoció, y partió asombrado, porque en su vida de agricultor, cazador y corredor de campiña, trataba á todos los que la poblaban en algunas leguas de distancia. Hé aquí el relato que hizo de las impresiones que le motivaron la presencia de la lavandera tan singularmente vigilante. «No pensaba en semejante tradición; no creía el cuento de las lavanderas. Por eso no senti desconfianza, pero desde que me aproximé á la bruja, su taciturnidad, su indiferencia, le dieron el carácter de un ente absolutamente extraño á nosotros. Si la vejez la privaba del oído y de la vista, ¿cómo estaba tan robusta y dispuesta para venir de lejanas tierras enteramente sola, á lavar á deshora en esa fuente congelada, donde presataba tan fuerte y activo trabajo? Lo que me admiró mucho mas fue que volviendo en mi mismo no esperé miedo, y si tan solo una repugnancia, un disgusto invencible. Pasé el camino sin que aquella muger alzara la cabeza: cuando llegué á casa me acordé de las vecinas brujas y me sobrecogió el terror; conengo francamente en que nadie en este mundo me hubiera hecho volver á semejante sitio.»

En otra ocasión, viniendo el mismo amigo de Linieres, donde aseguraba no haber comido ni bebido, circunstancia que no garantizo, pasaba á las dos de la mañana cerca de los estanques de Thevet: iba á caballo seguido de su perro y fatigado aquel con la marcha echó pié á tierra en una cuesta, encontrando á orillas del camino y próximas á una fosa, tres mugeres que sin hablar palabra estaban batiendo, lavando y torciendo con indecible actividad. Uniósele el perro repentinamente sin ladrar, pasó al lado de ellas sin fijar demasiado la atención y á los pocos pasos oyó detras pisadas advirtiéndole que la luna dibujaba á sus piés una sombra prolongada. Volvióse y nota que le seguía una de dichas mugeres, y que las dos restantes caminaban como para alanzarla. — «Bien pensé entónces en las lavanderas, — dijo él, — pero no esperé tanta mas emoción que la primera vez. Estas mugeres tenían desmesura la estatura y proporciones.

El aspecto y andar de que me siguió era de hombre, y no dudé un instante que pudieran ser mal intencionados chinceros del pueblo con quienes me disponia á retir. Una buena vara era mi arma ofensiva y defensiva: volvíme á ellas y les dije enfadado: — ¿qué queréis? — No merecí respuesta, y viendo que no me acometían, lleno de cólera corrí á tomar el caballo que se habia adelantado y monté. Nada me hablaron, y su silencio anunciaba provocación á contienda. Tenía mi garrote siempre pronto á romperles una quijada al menor gesto. Así marchaba á caballo con mi corbado perro que no chistaba y que saltó al arzon de la silla. Aunque sentí allí mismo otros pasos, continué mi ruta y observé que á mi costado caminaba también otra sombra. Volví el rostro y á nadie vi, pero como á los treinta pasos en conferencia al sitio donde encontré las mencionadas lavanderas, distingui las tres diablas saltando, bailando y brincando como locas en el anverso de la fosa.»

He narrado esta historia por lo que valga; se me ha referido de buena fe y os la regalo: consignada en el catalogo de alucinamientos.

Concluiré el artículo de hoy con la leyenda del olmo Rateau, árbol magnífico, que se cree existia ya grande y robusto en la época de Carlos VII. Un olmo no tiene de lejos muy notable apariencia; y se asemeja bastante su ramaje á un rastrillo de quien toma el nombre; pero esto no es mas, que la coincidencia fortuita con la lectura tradicional que lo

ha bautizado. Impone su largo y delgado tronco surcado por el rayo y plateado como un monumento en la vasta enrujijada de caminos comunales. Estos, alargados como praderas, tundidos por los rebañes del proletario, estan cubiertos de una yerba corta entre la cual crecen libremente la zarza y el cardo. La llanura se descubre á una inmensa distancia nebulosa, triste y sombría, á pesar de su fertilidad. Una cruz de madera se enarbola sobre un pedestal de piedra, único vestigio de cuatro antiquísimas estatuas que desaparecieron en la revolución del 93. Esta decoración en un parage no frecuentado testifica un respeto tradicional, y los moradores de aquellos contornos tienen formada tal opinion del árbol, que pretenden no ser posible cortarlo por hallarse debajo de sus raíces la carta de Cassini. Este camino abandonado actualmente por los peones, y que en raros intervalos atraviesa la caballería del molinero ó algun gendarme fué en otro tiempo una de las principales vias de comunicación de la Francia central. Todavía se le llama camino de los ingleses.

Estos pormenores no estan apuntados en la historia, pero la tradición los conserva. Entre tanto he aquí la linda leyenda del olmo Rateau, en verdad apreciable, no obstante la indole de los animales que juegan en sus páginas.

Un jóven mozo guardaba una manada de puercos al redor de un árbol. Miraba á la parte de la Chatre, cuando vió acudir un pié de ejército que devastaba los campos, prendia fuego á las cabañas y que se llevaba las mugeres. Eran los ingleses que descendían de la Marche sobre Berry, con objeto de asolar el pueblo de Saint-Chartier. El porquo alejó el ganado, paróse á cierta distancia, y logró presenciar el paso del enemigo como un huracán. Cuando volvió al olmo, el miedo que concibiera le causó suma cólera contra el extranjero y contra él mismo. «¿Porqué, — exclamó, — nos dejamos destruir así sin procurar defendernos? ¡Somos muy cobardes! decidíose á partir, y arrojándose ánte la efígie de San Antonio que era una de las cuatro insinuadas. — «Buen santo, — le dijo, — es preciso que yo salga al encuentro de esos malvados ingleses y no tengo suficiente tiempo para encerrar los animales. Tomad mi látigo, santo mío, y guardad los cerdos tres dias con sus noches; os recomiendo su custodia. Subíose en el pedestal, puso el látigo en mano de la efígie, y dejándose las albarcas corrió presuroso á Saint-Chartier, donde en el plazo citado hizo prodigios contra los anglicanos en union con otros jóvenes y auxiliados por tropa francesa. Perseguido el enemigo, tornóse á su piara, contó los puercos y no falló ninguno de cuantos habia dejado. Tomó nuevamente posesion de su cetro rústico, dió gracias al santo puesto de rodillas y contento con haber al menos dado un golpe de mano á la obra de la independencia, continuó guardando sus cerdos.

Otra tradición mas confusa y menos benigna se atribuye á tan insigne árbol. Unos niños atacados de vértigo tuvieron la horrible idea de jugar su vida á los tejos, enterrando vivo al que perdiera debajo de la piedra da San Antonio. Pero la tradición mas comun es la siguiente: Un caballero iba y volvía incesantemente á aquel sitio, donde daba algunos paseos de noche. Sin duda debió conocer allí por vez primera el mundo; todos preguntaban quién era y nadie lo sabia. Era negra su vestidura y tenia de alto 20 piés. Este caballero sigue la moda, pues se le ha visto en el último siglo con traje oscuro completo, calzon corto, zapatos con lazos, la espada al lado y de pié cerca del directorio. Se le han notado orejas de perro y larga corbata. En el día viste como nosotros y lleva un gran olmo en la espalda;

achechando á la gente ó caballerías que tocan su sombra para atarlas de las piernas. Por lo demás debe ser hombre malo, y no se da á conocer sino á los que están en el secreto.

Quien no lo crea que vaya á verlo. Nosotros estuvimos allí precisamente al salir la luna, lo llamamos con todos los nombres posibles y apellidándole políticamente «caballero,» mas no acertamos con el nombre que tiene ó con el que le place responder. Ademas no gusta de bromas.

Si se aprecian estos cuentos populares y se desca buscar mas detenidamente su origen, léase un libro muy sabio y agradable, obra de una muger, «La Normandía novelesca y maravillosa,» por madama Amalia Bosquet, y en ella se hallarán todas las leyendas francesas hasta de las poblaciones mas infimas. Allí se aprende la historia de todas las supersticiones humanas, variando solamente en algunos pormenores, según los pueblos. Esto prueba que la humanidad está todavía en su infancia, y que es muy fuerte y natural la inclinación á lo maravilloso.

RESIGNACION.¹

Voy á contar sencillamente una cosa que he visto. Es uno de los recuerdos mas melancólicos de mi vida; uno de los pensamientos en que se absorbe mi alma con una dulce tristeza en sus horas de abatimiento, que exhala una especie de desengaño anticipado de todas las esperanzas del mundo, una especie de abnegación, propia para apaciguar todo cuanto se ajita en nosotros confundiendo en el alma una especie de resignacion silenciosa.

Si llegan á leerse estas páginas, no quisiera que las leyesen aquellos que son felices, felices del todo, porque nada hay aquí para ellos, ni invención, ni sucesos. Pero hay corazones que han padecido un poco, que se han forjado algunas ilusiones y que son accesibles á una fácil tristeza, que oyen y compadecen los males ajenos: á estos me dirijo como al acaso, y quiero contarles una historia sencilla como todo lo que es verdadero, y tierna como todo lo que es sencillo.

Hay en el Norte, cerca de la frontera belga, una ciudad nada populosa, ignorada y oscura. Sus altas fortificaciones que hacen desaparecer, por decirlo así, las miserables casas que se hallan en el centro, son debidas á las eventualidades de la guerra. La pobre ciudad, estrechada por la muralla, no ha podido desde entonces ver fabricada una sola casa sobre las verdes praderas que la rodean. Como su poblacion se aumentaba, ha tenido que disminuir sus plazas y que obstruir sus calles, sacrificando á un tiempo el bienestar, la regularidad y el espacio. De este modo las casas, amontonadas unas sobre otras, y ahogadas por la muralla, no ofrecen á lo lejos sino el aspecto de una grande cárcel.

El clima del Norte de la Francia, sin tener frios estremados, es de una tristeza sombría: la humedad, la niebla, las nubes y la nieve oscurecen el cielo y hielan la tierra todos los años durante seis meses. El humo negro y espeso del

¹ En el primer volumen del Museo Ilustrado habrán visto nuestros lectores dos cuentos é interesantes narraciones tituladas la primera EL DOCTOR BARRAS y la segunda EN HISTORIA HOLANDESA. Ambas son hijas de una pluma cubierta con el velo del anonimato, y ambas respiran un interés tan vivo y tan bien sentido y un sentimiento de vaga tristeza, que contrasta admirablemente con esas ruidosas producciones de la literatura actual que el gusto moderno ha puesto tan á la moda. RESIGNACION concluye esta corta serie de confidencias de ese corazón doliente y desconocido.

carbon de piedra que se alza por encima de las habitaciones todas, acaba de entristecer la sombría apariencia de esa ciudad del Norte.

Nunca olvidaré la fría impresión de tristeza que espermenté al atravesar los puentes levadizos por donde se entra en ella. Preguntábame con espanto si había seres que hubiesen nacido que debiesen morir allí sin conocer otra cosa del resto de la tierra. Y en efecto, había algunos cuyo destino era ese; pero la Providencia que deposita bondades ocultas hasta en las privaciones que impone, ha dado á los habitantes de esta ciudad la necesidad del trabajo y la actividad para adquirir el bienestar que les falta, quitando así á esas pobres criaturas desheredadas el tiempo para mirar si el cielo está encubriendo y sin sol. Olvidan lo que no tienen. Pero yo, al entrar en esa ciudad sombría y ahumada, evocé el recuerdo de todos los días claros que había visto en mi vida, y de todas las horas pasadas, en libertad con un cielo puro sobre mi cabeza y ante los ojos un horizonte inmenso. Solo en aquel instante pensé en dar gracias á Dios de lo que hasta entonces había considerado como dones hechos á todos los hombres, á saber: la luz, el aire, y la bóveda celeste.

Diez y ocho meses pasé en esa ciudad, y quizá iba á murmurar ya contra ese cautiverio, cuando he aquí lo que me sucedió.

Para salir por una de las puertas de las fortificaciones, todos los días á la hora del paseo, tenía que bajar una callejuela parecida á una escalera, pues en ella se habían formado como unos escalones para facilitar el tránsito. Atravesando esta estrecha y oscura callejuela repetidas veces durante mucho tiempo, un día, por acaso, se detuvieron mis ojos en una pobre casa, que parecía la única habitada que había en ella. Compuseme de un piso bajo con dos ventanas y en medio una puercilla baja; arriba no había más que guardillas; sus paredes estaban pintadas de un color ceniciento oscuro y las ventanas tenían mil pequeños vidrios tan verdes como gruesos. Era imposible que la luz traspasara ese obstáculo para alumbrar el interior de aquella vivienda, y además, la calle era demasiado estrecha para que la diera el sol en ningún tiempo; en una palabra, reinaba allí una sombra perpétua, y hacia frío en las cuatro estaciones del año. En el invierno cuando se había helado la nieve en los escalones de la callejuela, no se podía dar un paso sin esponerse á caer, y por eso era un camino desierto que quizá nadie más que yo atravesaba diariamente. No me acuerdo de haber encontrado jamás una persona allí, ni de haber visto pájaro ninguno en las grietas de sus paredes.

— Supongo, decía yo para mí, que esta triste casa no está habitada sino por personas que casi han llegado al término de su vida; y cuyo envejecido cuerpo no puede sentir ya las tristezas ni las alegrías. Terrible sería vivir ahí siendo joven todavía!

La casita permanecía silenciosa; ningún ruido salía de ella, ningún movimiento se notaba nunca: estaba sosegada como una tumba y todos los días me preguntaba yo:

— ¿Quién puede vivir de un modo semejante?

Llegó la primavera. La nieve se cambió en humedad, y por fin esta se secó, y algunas yerbas nacieron al pie de las paredes. El poco cielo que se descubría desde allí estaba mas claro; parecía que aun en aquel pasaje oscuro la primavera ejaba caer una sombra de vida. Pero la casita permanecía como antes sin ruido y sin movimiento.

Hacia el mes de junio, iba yo como de costumbre á mi

paseo diario, cuando vi, (y suplico que se me perdone esta frase) con una profunda tristeza, un ramillete de violetas en un vaso de agua en una de las ventanas de la casa.

— Ah! exclamé; ahí vive alguno padeciendo!

Para que gusten las flores es preciso, si no la juventud, al menos el haber conservado algunos recuerdos de ella; y es preciso no hallarse enteramente absorto por la vida material; por último es preciso hallarse dotado de la dulce facultad de no hacer nada sin estar ocioso, es decir de vivir con muchas ilusiones y entre esperanzas y recuerdos. Hay cierta delicadeza de alma en el goce que proporciona el perfume de una flor; es un poco de ideal, un poco de poesía que se desliza en medio de las realidades de la vida del mundo. Cuando encuentro en una persona pobre y laboriosa el gusto por las flores, deduzco de ahí que hay una lucha entre las necesidades de la vida y los instintos del alma; pareceme que sabría hablar, que casi podría conversar con todo el que cultiva una pobre flor cerca de la pander con su vivienda.

Aquel día el ramito de violetas me entristeció; figuréme que me decía:

— Hay un ser que vive deseando el aire, el sol, y la felicidad; un ser que conoce todo lo que le falta; un ser tan pobre en cuanto á goces, que yo, pobre ramillete de violetas, le causo una grande alegría!

Miré aquellas flores melancólicamente, y hube de preguntarme si la oscuridad y el frío de la callejuela no las ajarían bien luego, y si no podría llevarseles una ráfaga de aire. Me interesaba tanto en ellas que habría querido conservárselas largo tiempo á la persona á quien las gustaban. Al otro día volí á pasar por el mismo sitio. Las flores habían envejecido todo un día, y sus pétalos descoloridos se inclinaban ya sobre sí mismos. Sin embargo todavía exhalaban un poco de perfume, y se conocía que habían tenido cuidado de ellas. Al acercarme mas vi que la ventana estaba entreabierta. Un rayo, no diré de sol, sino del resplandor del día penetraba en la casa dejando un rastro luminoso sobre el suelo de la salita, pero á su derecha y á su izquierda la oscuridad era tan profunda, que mis ojos no pudieron distinguir nada.

Al día siguiente pasé tambien; hacia casi un tiempo de verano; todos los pájaros cantaban, todos los árboles se cubrían de botones, y zumbaban á miles insectos. Todo brillaba al sol, la vida abundaba por todas partes.

Una de las ventanas de la casita estaba abierta de par en par.

Me acerqué y vi á una mujer sentada haciendo labor; la primera mirada que la diriji no hizo mas que aumentar la tristeza que me había inspirado el aspecto de su morada: me habría sido imposible el decir la edad que tenía; no era muy joven, ni hermosa; estaba pálida, enferma ó triste, no podía definirlo. Lo cierto es, que sus facciones eran dulces, que aquella ausencia de frescura, podía provenir de alguna pesadumbre, lo mismo que de un número de años, y que aquella palidez, si no hubiese entristecido el corazón, habría podido tener algun encanto, por el contraste que formaba con el negro brillante de sus cabellos. Estaba inclinada sobre su labor, y parecía delgada. Sus manos eran blancas, pero un poco descarnadas y largas. Llevaba un vestido de color oscuro, un delantal negro, un calcetín blanco liso, y el ramito de violetas que había estado dos días á la ventana, medio oculto entre su corpiño, estaba allí para que no se perdiese nada de sus últimos perfumes.

Alzó los ojos y me saludó, y entonces pude verla mejor.

Era joven todavía; pero se hallaba tan cerca del instante en que una mujer deja de serlo, que este último adios de la juventud causaba en ella mucha pena. Evidentemente había padecido, pero quizá sin hablar, sin murmurar, acaso sin llorar su pena. En su fisonomía se descubría una mezcla de silenciosa resignación y de sosiego, pero parecía ese sosiego que sucede á la muerte. Supuse que no había debido experimentar ningún sacudimiento, que las fuerzas de su alma se habían ido aniquilando, que ya no estaba quebrantada, sino inclinada, caída, caída á tierra, sin ruido y sin movimiento.

Si, la mirada, la fisonomía y la actitud de aquella mujer decían todo eso. Hay personas que hablan sin mirar, y de quien uno se acuerda siempre, aunque no haya pasado mas que un segundo junto á ellas.

Todos los días la encontraba en el mismo puesto. Me saludaba, y al cabo de algun tiempo añadia una triste y suave sonrisa á su saludo.

Hé aquí lo que pude enterver de la existencia de aquella mujer que veía constantemente sentada junto á la ventana.

El domingo no trabajaba, y creí que salía ese día, porque todos los lunes había en la ventana un ramillete de violetas, que se ajaba en los días siguientes, sin que fuese reemplazado hasta el fin de la semana.

Me figuré tambien que era pobre, y que trabajaba en secreto para ganar su vida, porque bordaba unas muselinas ricas y hermosísimas, y siempre la veía vestida con una sencillez suma. Por último no estaba sola en la casita, pues un día una voz imperiosa exclamó: « Ursula! » y ella se levantó con presteza. Sin embargo, esa voz no parecía de un amo, y Ursula no había obedecido como obedecen las criadas; había habido yo no sé qué buena voluntad de corazón en la precipitación con que se levantó, y sin embargo en la voz no había habido ninguna expresión de afecto. Me figuré que acaso Ursula no poscía el cariño de aquellos con quienes vivía, y que acaso la trataban con aspereza.

El tiempo trascurría, y cada día me iba iniciando mas y mas en la existencia de la pobre Ursula. Sin embargo, para adivinar sus secretos, no tenía otro medio que el pasar una vez cada día por delante de su ventana abierta.

Ya he dicho que se sonreía al mirarme; á poco tiempo, una vez mientras me pasaba, me puse á cojer algunas flores, y despues una mañana, tímidamente y con algo de embarazo, las dejó en la ventana de Ursula. Esta se sonrojó, y se sonrió con mas dulzura que de costumbre. Desde entonces tuvo Ursula un nuevo ramillete cada día; y poco á poco mecé algunas flores de mi jardín con las flores de los campos. Pasado algun tiempo hubo tiestos de flores en la ventana, lo que fué una primavera, un estío para la casita solitaria.

Sucedió que al entrar en la ciudad una tarde, principié á caer una lluvia de tempestad cuando pasaba yo por la callejuela. Ursula salió á la puerta de su morada, la abrió, me tomó por la mano, me hizo entrar, y cuando nos hallamos en el corredor que precedía al cuarto donde ella estaba ordinariamente, la pobre mujer se apoderó de mis dos manos, y con una mirada casi húmeda de lágrimas, me dijo:

— Gracias!

Era la primera vez que nos habíamos.

El cuarto en donde trabajaba Ursula parecía ser la sala principal de la casa; los ladrillos helaban los pies, y todo el adorno consistía en dos sillas de paja y en dos antiguas consolas que había á las estremidades. Esta pieza larga, estrecha, y sin otra luz que la que entraba por la ventanita que daba á la calle, era húmeda, fría y oscura.

Ah! Ursula tenía mucha razon en sentarse junto á la ventana para respirar un poco de aire. Entonces comprendí la palidez de la infortunada; no había perdido la frescura, porque esta no había existido nunca: era endeble como las plantas que nacen en la sombra.

En un ángulo oscuro de la sala vi á dos personas que hasta entonces no había podido distinguir por la oscuridad que allí reinaba, sentadas en dos sillones mas cómodos que las sillas de paja: eran un anciano y una mujer casi de la misma edad. La mujer estaba haciendo media, sin vor lo que hacía, pues era ciega; el anciano no hacía nada, y miraba á la pared de enfrente con unos ojos fijos en los que no se distinguía ninguna chispa de inteligencia. Ay! había pasado los límites ordinarios de la vida, y solo su cuerpo estaba en pie; era imposible mirar á aquel pobre anciano sin conocer que había vuelto á caer en la infancia. Diríase que cuando la vida se prolonga, el alma, como irritada de su largo cautiverio, trata de libertarse de su cárcel, y que en sus esfuerzos rompe los lazos en que se fundaba la antigua armonía; está impaciente en su morada; no ha salido de ella todavía, pero no se halla ya en el puesto debido.

Esto era lo que ocultaba la casita oscura, silenciosa y solitaria. Una mujer ciega, un anciano imbécil, y un pobre joven gastada antes de tiempo, porque había pasado su juventud en un estado de opresión continua, entre la decrepitud que la rodeaba y las paredes donde estaba cautiva.

Y esto no hubiera sido si el cielo hubiese dado á Ursula una inteligencia limitada, si la hubiese hecho una mujer casera, activa, absorta en el trabajo cotidiano, contenta con sus fatigas, agitada por las pequeñas cosas, y hablando para no decir nada; pero, por el contrario, había sumerjido en el óvido en aquella casa, á una joven melancólica, visionaria, exaltada, que desde su oscuro rincón sacaba adivinar la vida; que entreveía sus felicidades, y que hasta sus mismas tristezas codiciaba; había hecho de su alma un instrumento cuyas cuerdas todas habrían podido producir sonidos deliciosos para condenarle á un silencio eterno.

(Se concluirá.)

EL PEGASO BAJO EL YLCO.

POESIA DE SCHILLER, ILUSTRADA POR RETZSCH.

Un día un pobre poeta necesitado puso en venta el alazan de las Musas en la feria de los caballos, quizá en Heymark, donde se trafica con otros varios artículos.

El hipógrifo pafaba y se encarrataba altanero y soberbio. Qué hermoso animal! qué alazan tan valiente! Lástima es que esas feas alas estropeen su magnífica estampa. La raza es rara, decían: pero quién ha pensado nunca en andar á caballo por los aires? Y nadie quería esponer su dinero. Al cabo un campesino se anima y dice: — Es cierto que sus alas son inútiles, pero se pueden atar y aun disminuirse, y entonces podremos hacer de él un caballo de tiro. Voy á ofrecer veinte libras. » El poeta muy satisfecho, le responde: « Está hecho el trato » El campesino se marcha con su compra.

El noble caballo entra en el tiro; pero en cuanto siente ese peso encima, se lanza con un ardor salvaje, y en su cólera arroja el carro al borde del abismo. Está bien, dice el campesino: este animal fogoso no volverá á llevar mi carro; mucho vale la experiencia. Mañana, tengo que llevar á unos viajeros, le pondré á la cabeza del convoy; me hará el oficio de dos caballos, y los años le calmarán un poco.

(Se concluirá.)



(El Pegaso)



bajo el yugo.)

T.III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

RESIGNACION

(véase la pág. 163.)

Ay! la suerte de Ursula era aun mas triste de lo que yo me habia figurado en un principio, cuando al ver su palidez y su abatimiento supuse que era victima de alguna pesadumbre acerba; no habia nada en su vida... nada!

Habia visto como el tiempo se llevaba dia por dia su juventud, su belleza, sus esperanzas, su existencia; y nada; siempre nada: el silencio y el olvido!

Fui á ver á Ursula á menudo, y un dia que estaba sentada á su lado junto á su ventana me contó su vida, poco mas ó menos en los términos siguientes:

— He nacido en esta casa de donde no he salido nunca; pero mi familia no es de aquí; somos forasteros, sin relaciones y sin amigos. Mis padres se casaron cuando estaban en una edad avanzada; nunca les he visto jóvenes. Mi madre se quedó ciega, y esta desgracia ennegreció su carácter; así la casa materna, fué siempre bien austera; no me acuerdo haber cantado nunca. Nadie ha sido feliz aquí; mi infancia fué silenciosa; jamas me permitieron hacer el mas ligero ruido. Las caricias tambien han sido raras; mis padres me querian bastante, pero nunca llegaron á decirme lo que sentian; yo juzgando su corazon por el mio, les amé siempre, y supuse que ellos tambien me amaban. Sin embargo, hubo un tiempo en que mi vida no fué tan triste como lo es hoy; tuve una hermana...

Los ojos de Ursula se mojaron de lágrimas, pero estas lágrimas no corrieron: estaban acostumbradas á permanecer ocultas en el corazon de la infortunada; al cabo de un instante continuó:

— Tenia una hermana mayor que yo, un poco silenciosa como mi madre, pero era compasiva, benévola y afectuosa conmigo. Mucho nos queriamos... entre las dos cuidabamos de nuestros padres. Nunca hemos tenido el placer de pasearnos juntas en el bosque, y arriba en la colina.

Una de nosotras permanecia siempre en casa para cuidar á nuestro anciano padre; pero la que salia traia siempre algunas ramas de ojicanta, cojidas en los cercados, y hablaba á su hermana del sol, de los árboles y del aire. La otra creia tambien haber salido, y por la noche trabajábase juntas á la luz de la lámpara. No podiamos conversar porque nuestros padres se dormian á nuestro lado, pero al menos al levantar los ojos, cada una de nosotras hablaba en el rostro de la otra una dulce sonrisa; despues subiamos á acostarnos al mismo cuarto, y no nos dormiamos hasta que una voz amiga decia repetidas veces: « Buenas noches, duérme bien, hermana mia! »

Dios habria debido dejarnos juntas, no es verdad?... Sin embargo, no me dije: Marta debe ser muy dichosa allá arriba!

No sé si fué la falta de aire ó de ejercicio, ó bien la falta de felicidad lo que le dió á Marta los primeros gérmenes de su enfermedad, pero la vi debilitarse, y padecer mucho. Ay! yo sola me apesadumbraba; mi madre no la veia, y Marta no se quejaba nunca. Mi padre principiaba á caer entonces en la insensibilidad en que le veis hoy: hasta pasado mucho tiempo no pude decidir á mi hermana á que la viera un médico.

Peró ya era tarde; se empeoró, hasta que fué al sepulcro. La visjera de su muerte me mandó que me sentara á su cabecera, tomó una de mis manos entre sus manos trémulas, y me dijo:

— Adios, mi pobre Ursula! Eres todo lo que siento en la tierra. Ten valor; cuida mucho á nuestro padre; á nuestra pobre madre; ambos son buenos, Ursula, y nos aman aunque no nos lo dicen á menudo. Ten tambien cuidado de ti misma, por ellos; porque tú debes vivir mientras estén en este mundo. Adios, hermana mia; no lores demasiado; ruega á Dios con frecuencia... y hasta mas velar!

Tres dias despues se llevaban de aquí á Marta en su féretro, quedandome yo sola con mis padres.

Cuando le dije á mi madre la muerte de mi hermana, soltó un agudo grito, dió algunos pasos, al acaso por el cuarto, y por fin cayó de rodillas. Entonces me acerqué á ella, la levanté y la volví á sentar en su sillón. Desde entonces no ha vuelto á gritar ni á llorar; unicamente está mas silenciosa cada dia, y veo su rostro entre sus manos con mas frecuencia.

No tengo casi nada que contaros. Mi padre se volvió enteramente como un niño, y perdimos un poco de la pequeña fortuna que poseiamos. Quise que mis padres no notasen esta pérdida, y el engañarlos era fácil, porque mi madre no ve, y mi padre no entiende. Púsemela á trabajar vendiendo secretamente mis bordados. No he vuelto á hablar con nadie, desde que mi hermana ha muerto. Me gusta mucho la lectura, y no puedo leer porque tengo que trabajar continuamente; y por fin no salgo á tomar el aire mas que el domingo, y no voy nunca lejos porque siempre voy sola.

Hace algunos años, cuando era jóven pasé muchas horas haciendo castillos en el aire, junto á esta ventana mirando al cielo. Poblaba mi soledad de mil quimeras, que abreviaban lo largo de los dias. Ahora, una especie de entorpecimiento pesa en mis ideas; mis ilusiones se desvanecieron completamente.

En tanto que fui jóven y no mal parecida como decian, conté con que el acaso vendria á cambiar mi destino. Ahora tengo veintinueve años; y la tristeza mas bien que la edad ha ajado mi fisonomia. Todo se acabó ya, nada espero, sino concluir aquí mis dias solitarios.

No creais que me haya resignado desde luego á sobrellevar este amargo destino. No, habia dias en que mi corazon se llenaba de amargura viendo que envejecia sin amor ninguno. No ser amada, puede suceder; pero no amar, esto concluye con la vida. Debo decirlo? llegué á murmurar contra la Providencia; fui muy culpable, lo confieso.

Peró ese tumulto interior pasó tambien pronto como mis esperanzas. Pienso en las dulces palabras de Marta! « Hasta mas ver, hermana mia » y de este modo no queda en mi sino una pasiva resignacion, una humilde abnegacion de mi misma. Y vos, sois mas dichosa?

No respondí á la pregunta de Ursula; hablar de felicidad delante de ella, habria sido lo mismo que hablar de un amigo ingrato delante de aquellos que él ha olvidado.

Por una hermosa mañana de otoño, algunos meses despues de esta conversacion, salia yo de mi casa en direccion á la de Ursula, cuando un jóven teniente del regimiento que estaba de guarnicion en la pequeña ciudad que habitaba, me vino á ver, y hallandome dispuesta á salir, me ofreció su brazo y se dirigió conmigo hácia la callejuela de Ursula. La casualidad me hizo hablar de ella, y del interés que la tenia, y como el jóven oficial, á quien llamaré Mauricio de Erval, parecia complacerse en la conversacion, andaba mas lentamente. Cuando llegamos á la casa, le conté toda la historia de Ursula. El jóven la miró con interés y compasion, la saludó, y se alejó de allí. Ursula, cortada con la presencia de aquella cara nueva, cuando esperaba verme á mí sola, ha-

bia enrojecido. La pobre Ursula me pareció entonces casi bonita, no sé si por aquel instante de animacion, ó unicamente por el deseo que tenia de verla tal.

No podria decir cuáles fueron los vagos pensamientos que atravesaron por mi espíritu; miré largo tiempo á Ursula, y despues absorta en mis reflexiones, me levanté sin hablarla y la pasé mi mano por los cabellos, bajándolos un poco mas sobre sus mejillas; ademas me quité una cintita de terciopolo negro que llevaba al cuello, se la puse en el suyo, y tomé algunas flores que la prendí á la cintura. Ursula se sonreia suavemente, y su sonrisa me hacia daño como siempre, porque no hay nada tan triste como la sonrisa de las personas desgraciadas, que se sonrien por los otros y á la fuerza.

Muchos dias se pasaron antes que yo volviese á ver á Mauricio de Erval, y muchos mas aun, antes de que el acaso me llevara con él hácia la casa de Ursula. Pero en fin, esto sucedió un dia que volvíamos de un alegre paseo una porcion de personas reunidas. Al entrar en la ciudad cada cual se marchó por su lado, y yo tomé el brazo de Erval y me diriji á casa de Ursula. Esto era una locura, pero yo experimentaba involuntariamente una viva emocion; sin hablar formaba mi proyectos quiméricos. Pareciame imposible que el jóven oficial no adivinase mis ideas; creia, casi me prometia que adivinaba mi turbacion interna; pero ay! acaso no era así... Hay tantas cosas que no se dicen sino con la palabra!

Era por la tarde, una de esas hermosas tardes de otoño, en que todo está sosegado y risueño; ni el mas ligero soplo de aire agitaba los árboles, iluminados por los últimos resplandores del sol en el ocaso. Era imposible no dejarse llevar de las ilusiones en presencia de aquella hermosa naturaleza que adormecía á aquella hora todo cuanto vivia en ella, excepto el hombre que velaba con su pensamiento: era uno de esos momentos en que el alma se entenece, en que nos volvemos mejores, y en que nos hallamos dispuestos á llorar, aunque sin motivo ninguno para ello.

Alcé los ojos, y desde el estremo de la callejuela distinguí á Ursula, iluminada por un último rayo de sol que deslizándose por la ventana brillaba sobre su cabeza. Sus cabellos negros tenian un brillo inusitado, y un poco de alegría brilló en sus ojos al mirarme. Su vestido negro que cala formando largos pliegues, no dejaba entrever de toda su persona, mas que el sitio en donde el cinturon señala el talle, que era bastante flexible, y no se hallaba desprovisto de gracia. En el corpiño tenia prendido un ramito de violetas, sus flores favoritas.

Habia en la palidez de Ursula, en su vestido negro, en sus tristes flores, y en aquel rayo de luz que la alumbraba, cierta cosa que se armonizaba con la hermosura de la naturaleza de aquella tarde, y con el estado de dulce ilusion en que nosotros nos hallabamos.

— Ahí está Ursula, dije á Mauricio de Erval, llamando su atencion hácia la ventana baja de su casa. El jóven la miró, y siguió andando con los ojos fijos en ella, mirada que cortó á la pobre Ursula, tímida aun como á los quince años, de modo que cuando llegamos junto á ella, su fisonomia estaba animada con los mas bellos colores. Mauricio de Erval se detuvo, cambió algunas palabras con nosotras y se retiró al punto; pero desde aquel dia, volví á entrar con mas frecuencia por la callejuela de Ursula, y hasta llegó á saludarla á poco tiempo; por ultimo una vez entró en su casa conmigo.

Hay almas que de tal modo han llegado á perder toda

esperanza, que no pueden comprender el bien cuando se acerca á ellas. Ursula envuelta en su tristeza, y en su profundo abatimiento como en un tupido velo que la ocultaba el mundo exterior, no veia ni interpretaba nada, de modo que permanecia á la vista de Mauricio, como habia permanecido á mi lado, abatida y resignada.

En cuanto á Mauricio este no podia discernir claramente lo que pasaba en su corazon. No estaba enamorado, al menos así lo creo yo; pero la compasion que Ursula le inspiraba, le infundia un afecto sincero habia la pobre abandonada. El alma de aquel jóven, algun tanto exaltado, se complacia en la atmósfera de tristeza que reinaba en derredor de Ursula. Iba á su casa, y junto á ella, se ponía á hablar mal de la vida, á blasfemar contra sus felicidades, sin pensar que en ese cambio de reciprocas tristezas, se exhalaba de aquellas dos almas jóvenes aun, una dulce simpatia, que principiaba á parecerse á esa felicidad cuya existencia negaban.

Por fin algunos meses despues, otra tarde que nos paseábamos por un hermoso bosque, á algunos pasos de distancia de los amigos que iban con nosotros, Mauricio me dijo estas palabras:

— Yo creo que la felicidad mas positiva de este mundo es la de hacer dichoso á otro... Sacrificarse por una persona que no ha conocido mas que las amarguras de la vida, es preferible á los destinos mas brillantes. Hacer que renazca un alma que se muere, darle una nueva vida, no es acaso el mas hermoso de todos los sueños?

Yo le miraba con ansiedad, y una lágrima brillaba en mis ojos.

— Si, continuó, preguntad á Ursula si quiere darme su mano.

Un grito de alegría fué mi respuesta, y al punto me precipité á casa de la pobre jóven.

Cuando llegué, Ursula se hallaba sentada y trabajando como de costumbre. La soledad, la ausencia de todo ruido y de todo interés, habian atargado su alma, y esta era una de las primeras bondades de Dios, porque al menos así no padecia. Solo los que la veian se compadecian aun de la inmovilidad de una existencia que no habia logrado alcanzar su parte de vida y de juventud. Ursula se sonrió al verme, lo cual era el movimiento mas marcado de aquel alma paralizada. Por mi parte no temi el ocasionar un gran sacudimiento á aquella organizacion tan dolorida con una repentina comocion de felicidad: quise ver si la vida estaba ausente, ó si se hallaba definitivamente estinguida.

Senteme en una silla delante de ella, con sus dos manos entre las mias y fijando mis ojos en los suyos, la dije:

— Ursula, Mauricio de Erval me ha encargado de preguntaros, si queréis acordarle vuestra mano.

La pobre jóven se quedó como herida de un rayo: gruesas lágrimas saltaron de sus ojos, que brillaron á través de ese humedo velo, su sangre, precipitó su curso por sus venas, esparciendo en toda su fisonomia un matiz rosado y cubriendo de resplandecientes colores sus mejillas; su pecho se alzó para dar libre paso á su oprimida respiracion, por último, su corazon saltó con violencia, y sus manos estrecharon convulsivamente las mias: Ursula no estaba mas que dormida, y en aquel momento se despertaba.

Ursula se enamoró subitamente; quizá habia amado hasta entonces en secreto y sin confersárselo á sí misma, pero en aquel momento desgarrándose el velo quedó su amor á descubierta.

Al cabo de algunos segundos, pasó su mano por su frente y exclamó:

— No, eso no puede ser!
Yo no hice más que repetir la misma frase.
— Mauricio de Erval pregunta si le acordáis vuestra mano; para acostúbrarla á esa reunion de palabras que lo mismo que varias notas armónicas forman un acorde, así formaban para ella una desconocida melodía.

— Su mujer! repitió estasiada, su mujer!
Y precipitándose hácia el sillón de su madre, continuó:
— Lo ois, madre mia? Envía á pedir mi mano!
— Hija mia, respondió la pobre ciega queriendo apoderarse de la mano de Ursula, querida mia, Dios debía recomendar sus virtudes tarde ó temprano.

— Dios mio! exclamó Ursula; qué me pasa hoy?— *Su mujer! Hija mia! querida mia!*
Y al decir esto cayó de rodillas con las manos juntas, y el rostro inundado de lágrimas.

En aquel momento se oyeron pasos en el corredor.
— Es él! exclamó Ursula! Oh, Dios mio! añadió poniendo sus manos sobre su corazón; pues esta es la vida!...

Al llegar aquí, sali por una puertecilla falsa dejando sola á Ursula, hermosa con sus lágrimas de emoción y de felicidad, para que recibiera á Mauricio de Erval.

Desde aquel día un cambio total se operó en la pobre muchacha; se reanimó y se rejuveneció; bajo la suave influencia de la felicidad recobró mucho más que la belleza perdida; hubo en ella una especie de expansion interior que daba á su rostro una expresión inefable de alegría oculta. Su felicidad se identificaba, si podemos hablar así con su primera naturaleza; era recogida, silenciosa, y exaltada aunque con misterio. De este modo Mauricio, que había amado á una mujer sentada en la sombra, pálida y desengañada de la vida, no tenía nada que cambiar en los colores del cuadro que le había gustado, aunque Ursula fuese dichosa.

Juntos pasaban largas horas en la salita del piso bajo, sin mas claridad que los rayos de la luna que entraban hasta el aposento. Hablaban poco, se miraban mucho y todo se volvían proyectos.

Ursula amaba con candor, con sencillez, y decía á Mauricio: — Soy muy dichosa; os amo y os estoy agradecida.

Su felicidad no necesitaba ostentacion ninguna, y por eso no tuvo otro testigo que la humilde casita de Ursula. La jóven seguía trabajando al lado de sus padres; pero si su persona ocupaba inmóvil el mismo puesto que ántes, su alma despues de resucitar radiante había desplegado el vuelo. La dulce magia de la esperanza no solo embellece el porvenir, sino que se apodera del presente, y por medio de su poderoso prisma transforma la apariencia de todo lo que existe. Aquella pobre casa continuaba tan sombría como siempre... pero un solo pensamiento deslizado en el corazón de una mujer, lo había transformado en un palacio. Oh sueños de esperanzas! pasad por nuestra vida aunque debiéseis huir al instante como huyen las doradas nubes por el espacio... aquel que nunca os conoció es mil veces más pobre que el que os llora...

De este modo transcurrió para Ursula un tiempo bien precioso.

Peró un día sucedió que Mauricio al entrar en el salon dijo á su prometida:

— Amiga mia, apresuremos nuestra boda; mi regimiento va á cambiar de guarnicion, y debemos estar casados para ue os podais venir conmigo.

— Y vamos á ir lejos, Mauricio?
— Os espanta la idea de ver nuevas tierras, otro rincón del mundo, querida Ursula?

— No lo siento por mí, Mauricio, sino por mis padres, tan achacosos como están para poder hacer un viaje largo!

Mauricio se quedó inmóvil mirando á Ursula. Aunque el tupido velo que nos pone la felicidad sobre los ojos, le hubiese impedido á Mauricio toda reflexion, sin embargo se hallaba persuadido en su interior de que Ursula para participar de su errante destino debía separarse de sus padres. Había previsto su dolor; pero confiando en el amor que le tenía, se había legado á figurar que esa misma pasion dulcificaría las lágrimas todas que dimanasen de otra causa extraña. En fin, era necesario aclarar el porvenir de Ursula, y triste con la inevitable pena que la iba á dar, Mauricio la tomó de la mano, la hizo sentar en su sitio acostumbrado y la dijo con dulzura:

— Amiga mia, es de todo punto imposible que vuestros padres puedan seguirnos en nuestra vida errante... Hasta ahora, Ursula, hemos amado y llorado juntos; hemos hecho castillos en el aire, olvidándonos, por decirlo así, de nuestras posiciones respectivas. Ya ha llegado el momento de estar en nuestro porvenir. Amiga mia, me hallo sin fortuna, y no poseo mas que mi espada. Al principio aun de mi carrera, mi sueldo se eleva á muy poca cosa, y nos venimos obligados á imponernos infinitas privaciones. He contado con vuestro valor; pero vos sola debéis acompañarme, la presencia de vuestros padres en casa nos acarrearía una miseria absoluta; quizá no tendríamos pan que comer.

— Dejar á mi padre y á mi madre! exclamó Ursula.

— Dejades con lo poco que poseen en esta casita, á cargo de personas de confianza, y así podréis seguir á vuestro marido.

— Dejar á mi padre y á mi madre!... repitió Ursula; pero no sabéis que lo que poseen no es bastante para que puedan subsistir? Ignorais que para pagar el alquiler de esta pobre casa, estoy trabajando siempre sin que ellos lo sepan, y que desde hace veinte años no han recibido otros cuidados que los míos?

— Mi pobre Ursula, repuso Mauricio, es necesario someterse á lo que es inevitable. Les habeis ocultado la pérdida de su pequeña fortuna; comunicádsela ahora, puesto que es necesario. Ved como se arreglan con lo que les queda; porque, amiga mia, con dolor os confieso que nada podemos darles.

— Partir sin ellos!... es imposible! Ya os he dicho que tengo que trabajar para que vivan.

— Ursula, Ursula mia! repuso Mauricio, estrechando convulsivamente las manos de la pobre jóven entre las suyas, os suplico que no os dejéis llevar por el impulso de vuestro generoso corazón; reflexionad ántes, ved las cosas bajo su punto de vista verdadero. No nos falta la voluntad, nos faltan los medios; solos podremos vivir, y esto imponiéndonos privaciones á cada instante.

— No puedo abandonarlos! respondió Ursula con desesperacion mirando á sus ancianos padres adormecidos en sus sillones.

— Con que no me amais, Ursula? preguntó Mauricio. La pobre jóven contestó soltando un torrente de lágrimas.

Mauricio permaneció largo tiempo con ella todavía, diciéndola mil palabras consoladoras, explicándole cien mil veces su posición, y queriéndola persuadir de que aquello que había imaginado era imposible, para lo cual entró en los pormenores de su existencia verdadera, y por último la dejó despues de haberla prodigado mil nombres afectuosos. La

jóven le había dejado hablar sin responderle.

Cuando quedó sola, Ursula apoyó su cabeza en sus manos y permaneció inmóvil horas enteras. Las dulces ilusiones, esas benévolas amigas de las jóvenes almas, ausentes para ella despues de tanto tiempo, se habían vuelto á presentar para desaparecer luego! El olvido, el silencio, la oscuridad tomaban de nuevo posesion de aquella existencia! La noche entera transcurrió de este modo. Qué pasaba en el alma de la pobre jóven? Dios lo sabe: ella no ha dicho nada en la tierra.

A los primeros rayos del día se estremeció, cerró la ventana que había permanecido abierta desde la vispera, y pálida, trémula de frío y de emoción, tomó papel y una pluma y escribió lo siguiente:

» Mauricio:

» Adios; me quedo al lado de mis ancianos padres, que necesitan de mis cuidados y de mi trabajo. Abandonarlos en su vejez, sería matarlos. No tienen mas que á mí en el mundo. Mi hermana en su última hora, me los contó y me dijo: — «Ursula, hasta mas ver.» No volvería á verla si no llenase mis deberes.

» Mucho os he amado; y mucho os amaré siempre. Mi vida entera será un recuerdo vuestro. Habeis sido bueno y generoso; pero ay! somos demasiados pobres para unirnos. Ayer lo conocí... ¡Adios! Mucho valor necesito para escribir esta palabra!... Me prometo que seréis feliz... otra mujer, mas afortunada que yo os amará... Es tan fácil amaros! Sin embargo no olvidéis jams enteramente á la pobre Ursula. Adios, amigo mio. Bien sabia que yo no llegaría nunca á ser dichosa!

» URSULA.»

Voy á abreviar mi narracion. Ursula nos volvió á ver á Mauricio y á mí, pero todas nuestras súplicas fueron inútiles, pues jamas quiso separarse de sus padres.

— Tengo que trabajar para ellos, nos decía.

En vano la hablé del amor de Mauricio y de la dicha que con él le esperaba; en vano la recordé su edad, la imposibilidad de otra coyuntura mas á propósito para mejorar su destino... Ursula lloraba al oírme, regando con sus lágrimas su labor que no quería interrumpir, y solo repetía en voz baja, y con la cabeza inclinada sobre su pecho:

— Se morirían; tengo que trabajar para ellos.

Despues exigió de nosotros que su madre no supiese lo que pasaba; y en efecto, aquellos por quien ella se sacrificaba ignoraron siempre el sacrificio; una mentira piadosa les engañó sobre la causa del rompimiento del matrimonio de su hija... Ursula volvió á ocupar su puesto junto á la ventana, comenzó de nuevo sus bordados, y trabajó sin cesar, inmóvil, pálida y aniquilada.

Por desgracia, Mauricio de Erval tenía una de esas almas prudentes y comedidas que se señalan límites á todo, y que no saben emprender locuras sublimes. Su corazón, así como su entendimiento, admitía que hay cosas imposibles. Si el matrimonio se hubiese realizado sin obstáculo, quizá la jóven habría podido creer hasta el último instante en el amor eterno de su esposo: hay afectos que necesitan un camino fácil. Pero una barrera vino á presentarse como una prueba fatal para que Mauricio viese claramente hasta donde alcanzaba su amor, y entonces descubrió sus limites.

Mauricio suplicó, lloró largo tiempo, al cabo se picó, se desalentó, y por último se fué.

Un día, mientras Ursula se hallaba sentada junto á la ventana, oyó á lo lejos una música militar, y los pasos acompa-

sados de la tropa; era el regimiento que se marchaba con la música á la cabeza. Los sonidos de las trompetas de la marcha resonaban como un triste adios, y se apagaban luego en la callejuela que Ursula habitaba. La jóven, trémula de emoción, prestó el oído: la música, ruidosa en un principio, se fué alejando poco á poco, hasta que al cabo llegaba á sus oídos como un rumor incoherente; luego de tiempo en tiempo, el aire solo llevaba hasta ella un sonido aislado, y por último un completo silencio sucedió á aquellos cantos que se apagaban en el espacio. La última esperanza de la vida de Ursula parecía estar unida á aquellos acordes que resonaban á lo lejos... huía... se alejaba... y se apagaba con ellos! La pobre jóven dejó caer su labor en sus rodillas y se ocultó el rostro con ambas manos; á través de sus dedos se vieron correr algunas lágrimas.

Así permaneció en tanto que se oyó el ruido de los pasos y de la música del regimiento; y despues tomó nuevamente su labor... la tomaba para siempre!

En la noche de aquel día de eterna separacion, de aquel día en que se consumó el gran sacrificio, Ursula despues de haber prodigado á sus padres los cuidados cotidianos, se sentó á los pies de la cama de su madre y se inclinó hácia ella contemplándola con unos ojos que la ciega no podia ver humedecidos de lágrimas. La pobre abandonada tomando suavemente la mano de su anciana madre, murmuró con acento conmovido:

— Madre mia, me queréis mucho, no es verdad? Mi presencia es vuestro consuelo; no es cierto que sentiriais mucho que me fuera?

La ciega volvió la cabeza del lado de la pared, y dijo:

— Ursula, estoy cansada; déjame reposar en paz. Aquella palabra de ternura que había ido á pedir como única recompensa de su doloroso sacrificio, no fue pronunciada por su madre. La ciega se quedó dormida, apartado de sí la mano que su hija la tendía.

Peró entre las colgaduras verdes de la alcoba había un crucifijo de madera ennegrecido por el tiempo; aquellas pobres manos que nadie quería estrechar en la tierra, Ursula las estendió hácia Dios, y arrojándose al lado de la cama de la ciega, rezó largo tiempo.

Desde entónces Ursula se puso mas pálida, se volvió mas silenciosa y taciturna que ántes. Estas nuevas lágrimas se llevaron las últimas señales de su juventud; Ursula envejeció en muy pocos días. A nadie podia ya parecer bien; pero tampoco lo deseaba: todo se había acabado para ella.

No se volvió á oír hablar de Mauricio de Erval. Ursula le había gustado como un gracioso cuadro cuya melancolía había conmovido su alma: al alejarse, los colores del cuadro se fueron disipando, hasta que se borraron: Mauricio olvidó á la pobre Ursula!

Oh Dios mio, cuántas cosas se olvidan en la vida! Porqué el cielo que permite que en muchos corazones se apague el amor, por el hábito de verse á menudo, no ha acordado al menos á los que se separan la facultad de llorarle largo tiempo? Dios mio! la vida que nos das es á veces bien triste!

Un año despues de estos sucesos, la madre de Ursula cayó en cama, con una de esas enfermedades para las cuales no existen remedios; Ursula permaneció constantemente á la cabecera de su madre, cuidándola y orando á Dios, y despues abrió su bendicion junta con su último suspiro.

— Ahora te toca á tí, Marta, dijo Ursula; nuestra madre está á tu lado ahora; enseñála el camino del Señor.

Ursula fué á arrodillarse al lado del anciano que habia quedado solo; le vistió de luto, sin que él lo notara; pero el segundo día después de la muerte de la pobre ciega, cuando quitaron el sillón donde ella se habia sentado tantos años junto á su marido, el anciano se volvió hacia el puesto vacío exclamando:

— Y mi mujer?

Ursula le habló, trató de distraerle; el anciano repetía:

— Y mi mujer?

Y dos lágrimas se desprendieron de sus ojos.

Por la tarde, cuando le llevaron la comida, volvió la cabeza, y con los ojos fijos en el puesto vacío, exclamó de nuevo:

— Y mi mujer?

Ursula, desesperada, probó cuantos medios pudieran sugerirle su dolor y su amor... el anciano idiota permaneció inclinado hacia el sitio donde se hallaba el sillón de la ciega, y sin querer tomar ninguna clase de alimento, con las manos cruzadas, miraba á Ursula y repetía, como un niño que suplica para obtener lo que desea:

— Y mi mujer?

Un mes después se hallaba al borde de la tumba.

En sus últimos momentos, cuando estaba á su lado el agonizante pugnando por hacerle pensar en Dios su creador, llegó un instante en que se pudo creer que aquella inteligencia moribunda se reanimaba, porque el anciano cruzando las manos alzó la vista al cielo; pero por última vez exclamó: — « Y mi mujer? » — como si la hubiese estado buscando en el espacio.

En el momento en que se llevaron de la casita solitaria el feretro de su padre, Ursula murmuró:

— Dios mío; ¿creí haber merecido que viviesen más tiempo.

Y Ursula permaneció sola para siempre.

Todo esto pasó hace muchos años. Yo salí de la ciudad de... y por consecuencia tuve que dejar á Ursula. Desde entonces he viajado bastante; mil sucesos se han cruzado en mi vida, pero nunca se me ha ido de la memoria la historia de aquella pobre jóven.

Ursula, como esa almas quehantadas que no esperan ya ningún consuelo, se cansó de escribirme, y después de infinitos esfuerzos para decidirla á florar conmigo, aunque de lejos, he perdido su huella.

En qué ha venido á parar? Existe ó ha muerto?

Ay! la pobre jóven no fué nunca muy afortunada; mucho me temo que viva todavía.

LA MUSICA ENTRE LOS ANTIGUOS.

Los griegos atribuían á Dionisio el principio de la música; pero Eusebio lo remonta á los tiempos de Cadmo, asegurando que fueron los inventores dos hermanos llamados Ceto y Amphion. Sólon, creía que fué introducida en Grecia por los isleños de Cándia. Polibio concede este honor á los Arcades, y Diodoro cree á Mercurio inventor de las voces de la armonía. Isidoro asegura que la casualidad hizo descubrir á Pitágoras las primeras notas musicales en el sonido de los marfillos y en la vibración de las cuerdas estendidas. Los modernos atribuyen sin embargo su introducción á Guido de Arezzo.

Atheneo refiere que los Arcades tenían por ley aprender la música desde niños para cantar los himnos en loor de los dioses, conforme á las reglas que para esto dictaron

dos músicos llamados Timoteo y Filoseno. Se hallaba entre los griegos tan aceptado el canto, que segun Ciceron, el célebre Temistocles fué tenido por indocto, solo por haber rehusado en un convite el canto, con el acompañamiento de la lira. Epaminondas fué un excelente músico.

A esta afición á la armonía se debe acaso el proverbio griego citado por Quintiliano, segun el cual cual los ignorantes se consideraban lejos del trato de las gracias y de las musas. El severo Licurgo la aconsejó á sus adustos espartanos. Platon cree que la música es necesaria al hombre político, y Homero dice de Aquiles que cantaba armoniosamente los méritos y la gloria de los héroes. El astrólogo Ptolomeo refiere que los antiguos tenían la laudable costumbre de aplacar á sus irritadas divinidades con cantos y música. Ciceron y Boecio cuentan que el filósofo Pitágoras calmó la locura de un jóven con el canto y la dulzura de un instrumento. Teotrasiro y Aulo Geloí creen que la música es bastante para aplacar el dolor de la gota. Empedocles dice que obligó á calmar con la suavidad de un canto á un huésped suyo en un momento de cólera. Plutarco cuenta que el mismo músico Timoteo exasperaba á su alvedrío por medio del canto frígido el ánimo de Alejandro el Grande; y el mismo historiador elogia la extraordinaria melodia de la voz de una dama llamada Lania, cuyos cánticos llegaron á enternecer al rey Demetrio de Macedonia.

Entre los antiguos eran tenidos por grandes músicos Terprando que, segun Ensebio, vivía en la Olimpiada 33, Agenor de Milete, Alcidas, discípulo de Gorgias Leontino, y Antigenes, que escribió á Alejandro para la guerra contra Darío Codomano, rey de Persia. Hecho prisionero Ismenias, célebre músico de Tebas, lo presentaron á Architas, rey de los seitas: irritado este príncipe por la admiración con que sus vasallos bárbaros oían el sonido de la flauta, tocada por Ismenias, aseguró en su cólera que prefería á aquellas armonías el relicho de su caballo. Los oyentes se burlaron del rey.

El monge inglés Heos Stephans, autor de la vida del obispo Vilfrido era un excelente músico; y creese que Eucherianos fué en el siglo VIII el primero que escribió un tratado sobre la música. En los tiempos bárbaros fueron célebres Theon, Alípio, Isacio, Apuleyo y Boecio.

Epigone, matemático, inventó un instrumento músico, que de su nombre se llamaba en Grecia Epigonion, y Teodoro, padre del famoso tribuno y orador Isocrates, que vivía por los años 330 de la fundación de Roma, inventó varios instrumentos, cuya industria le valió grandes riquezas.

El historiador Mariano dice, que en muchas ciudades griegas se publicaban las leyes, acompañando los pregones con la música. Retiere Thucídides, que aun los mismos la cedemonios entraban en combate al sonido de las cítaras y de las liras. Tirteo reanimo el valor de los espartanos en la guerra de Mesenia con el sonido de la flauta.

Los lidios hacían sus marchas al compás de las músicas. Los getas solían presentar sus embajadores de paz seguidos de un tañedor de cítara. Sócrates, tan severo como profundo filósofo, aprendió á tocar la lira á los setenta años. Cayó Graco uno de los revolucionarios mas impetuosos de la república romana, cuando hablaba al pueblo tenía escondido detrás de él un esclavo, que al sonido de la flauta le daba la entonación de voz que era necesaria, para que la modulase con mas gracia y dulzura.

Entre los griegos, en fin, se conocían varios métodos de canto, bajo las denominaciones de Hiarcio, Elio, Jónico,

Hipermixolidio, Hipodomio y otros, hasta el número de quince. En la edad media han escrito sobre la música Gregorio Tolosano, Angelo Policiano, Juan Tomas Phirglio, Olomaro Luscinio, Pedro Aaron, Juan Maria Lanfranco, Jacobo Vercher, Juan Froschio, Ocheglem y Abusnoi.

CONTRIBUCIONES INGLESAS.

De un discurso pronunciado por lord Broughan en el parlamento inglés, tomamos los siguientes curiosos datos acerca de las contribuciones que se pagan en Inglaterra:

Contribucion sobre cada uno de los artículos que entran en su casa, que pone sobre su persona ó debajo de sus pies.

Contribucion sobre todo cuanto es agradable á la vista, al oído, olfato ó paladar.

Contribucion sobre la luz, el calor y la locomoción.

Contribucion sobre todo cuanto existe sobre la tierra y las aguas ó debajo de ellas, y sobre cuanto viene de afuera ó se produce en el país.

Contribucion sobre los materiales en bruto.

— sobre cualquiera valor que se le añada.

— y sobre la industria de los hombres.

Contribucion sobre las salsas que abren el apetito.

— sobre las drogas que restauran la salud.

— sobre el armijo que adorna al juez.

— sobre el cordel con que se ahorca al criminal.

— sobre los clavos del feretro.

— sobre las cintas de las novias.

Contribucion cuando está en la cama ó embarcado; acostado ó levantado ha de estar pagando.

Contribucion sobre las disciplinas de las escuelas.

Contribucion sobre el caballo que monta, sobre las bridas con que lo gobierna, y por el camino en que lo conduce.

El enfermo paga 7 por 100 por las medicinas que le dan en una cuchara de plata que ha pagado 30 por 100, sentado sobre su cama cuyos cortinas han pagado un 22 por 100, y muere á manos de un boticario que ha pagado cien libras por la licencia para matarlo. Enseguida todas sus propiedades pagan desde 2 hasta 40 por 100 de contribucion, ademas de los derechos del juzgado, y por último sus virtudes se escriben en una lápida de mármol que ha pagado contribucion. Después de esto es cuando descansa, sin tener que pagar mas contribuciones.

ADELANTOS LITOGRAFICOS.

En Viena acaban de hacerse con buen éxito ensayos sobre un nuevo procedimiento litográfico para la reproducción de las plantas sin necesidad del dibujo. Las plantas que se quieren reproducir se bañan en una preparacion química inventada para este efecto, y después de secas se les aplica sobre la piedra litográfica que las reproduce con una precision imposible de conseguir por medio del dibujo.

CONSUMO DE MARFIL.

Resulta de un trabajo leído en la asamblea de la sociedad geológica y política de Doncaster (Yorkshire) sobre el

marfil y las operaciones manufactureras á que da lugar, que solo la ciudad Sheffield consume anualmente en sus manufacturas por una suma de 3.000.000 de reales de la espresada materia, y que la fabricación de los objetos de marfil ocupa 500 brazos. Lo menos se necesitan 45.000 comillos de elefante para formar 480 barricas próximamente que representen este consumo anual; por consecuencia el número de animales que á él contribuye, debe ascender por año á 22.050. Pero aun admitiendo que se halle gran número de comillos entre los osamentos de los elefantes, espárcidos entre los vastos bosques de la India, no por eso deja de ser exacto que por lo menos deben matarse 18.000 de estos animales todos los años, con el solo objeto de abastecer al comercio de Shffield.

CASANOVA.

EL CARABINERO.

Muchas cosas novelescas se hallan mezcladas con la historia de Francisco Casanova. Nacido en Londres en 1737 de una veneciana llamada Jacinta Tarusi y casada con Santiago Casanova, se supone que es hijo de Jorge II de Inglaterra.

Sea lo que quiera de este problemático origen, Francisco Casanova estudió en Venecia el sublime arte de la pintura, en el cual debia crearse un puesto distinguido. Al dejar la Italia, se vino á Paris donde trabajó mucho y ganó mucho dinero, lo que no le preservó de contraer considerables deudas. Obligado á huir de sus acreedores, se fué á Viena donde siguió pintando, habiéndole mandado hacer las victorias de los rusos sobre los turcos. Su muerte acaeció en Austria en 1805.

Casanova descolló en la pintura de batallas. En el museo del Louvre se encuentran dos lienzos suyos representando las batallas de Leus y de Friburgo. Aquí se ven combates pintados á lo vivo, y cuyos episodios, cosa muy rara en las composiciones de este género, se hallan tan bien fundidos en la acción general, que es muy difícil aislarlos; no se ven mas que masas compactas de hombres y de caballos que se chocan y se echan por tierra: lo único que cautiva la atención, por su carácter grande é imponente, es el conjunto.

leyendo la descripción de una batalla en Homero, en Tito-Livio, ó en Foissard, ó contemplando un combate de Salvador, de Rubens, de Bourguignon ó de Casanova, se experimentan distintas emociones; en el primer caso la emoción va llegando poco á poco y por grados, ante las imágenes de muerte que se van desarrollando, y en el segundo, llega de repente, en cuanto se ha visto la obra del pintor.

En el libro no se llega á la síntesis sino después del análisis; en el cuadro el análisis va precedido de la síntesis.

Fuerza es componer un todo de la multitud de episodios que el narrador va amontonando uno por uno para formar su batalla, porque por mucha que sea su habilidad, y por impetuoso que se manifieste su talento, no puede proceder de otra manera, y hay que esperar al fin de la descripción para poder tener una idea del conjunto. Esto no consiste en el escritor, sino en la naturaleza de su trabajo, y en la de sentido á que se dirige, es decir, la palabra y el oído cuyos movimientos son muy lentos si se comparan con los de la luz y de la vista.

El pintor por su parte, con tal de que sepa presentar

una batalla verdadera, y no una serie de combates singulares, debe llamar desde luego la atención por el conjunto de su obra, y solo después de haber sufrido esta primera y grande impresión, se puede extender á los duelos que cubren

el campo, á los diversos grupos de vencedores y vencidos en una palabra á los episodios á que ha dado el artista una importancia secundaria, subordinándolos, y con razón, á la unidad de acción y de interés.



CASANOVA. — El Carabiniero.

El pintor de genio tiene en este terreno una gran ventaja sobre el mejor poeta, sobre el mas elocuente historiador. El pintor toma al espectador sobre una altura que domina el valle en donde se matan los hombres en medio del humo,

del polvo, del fuego y de los relámpagos, bañados de luz ó en la sombra, y extendiendo la mano hacia ese caos de sangre y de despojos le dice «Mira»; no cuenta, sino enseña.

J. J. ARNOUX.

VELAZQUEZ.



El infante don Carlos.

Nombrado á 24 años pintor de cámara del rey Felipe IV, Velazquez probó que era digno de un favor semejante por la multitud de obras maestras que fué dando á luz una tras otra. Tratóse en la corte de levantar un monumento á la gloria de la espulsion inesperada de los moros por el piadoso Felipe III; entraron en concurso todos los artistas célebres de aquel tiempo, y Velazquez se llevó el premio, lo que le valió, como mercedida recompensa, dos buenos cargos

en la corte. El rey añadió también á estos favores una pensión anual á su pintor favorito, de 90 ducados de oro para un traje de gala, y además concedió á su padre tres cargos en Sevilla que cada uno le producía mil ducados de oro.

Por aquel tiempo fué Rubens á Madrid, y no hay para que añadir, que una grande y reciproca amistad hubo de establecerse al punto entre los dos artistas. Ambos pasaban sus

T. III. — PARIS. — IMP. BLONDEAU

22

días juntos, visitando y examinando todas las obras maestras que los reyes de España habían acumulado en sus palacios por todas partes, analizando con entusiasmo las bellezas que brillaban con particularidad en los cuadros de las escuelas de Italia, y que Rubens había estudiado profundamente. Entonces sintió Velazquez que renacía en él, el inmenso deseo que había tenido siempre de visitar esa patria de las artes. Pero, ¿cómo ir á ella? Ya mas de una vez el rey se había negado á oír á su pintor de cámara cuando le hablaba de esto, pues quería conservarle á su lado. Si embargo, animado por los consejos de Rubens, nuestro artista se resolvió á hacer una nueva tentativa cerca de su soberano, que por fin hubo de ceder á sus instancias. Felipe IV hizo mas todavía: quiso obrar como un rey en esta ocasión, y mandó dar á Velazquez 400 ducados de oro, entregándole el sueldo de dos años de todos sus cargos. El conde de Olivares opulento y grande como siempre, añadió á todo esto una nueva suma de dinero, le dió una porción de cartas de recomendación para todos los embajadores, y por último le regaló una medalla de oro con el retrato de su soberano. ¡Cuántos hombres de talento han permanecido en la oscuridad, estando destinados á adquirirse brillantes reputaciones, si hubiesen hallado protectores semejantes!

Velazquez salió de Barcelona para Italia el 40 de agosto de 1629. Tenía á la sazón treinta años; su genio estaba maduro, y su estilo formado, de modo que el estudio de los grandes maestros que iba á emprender no podía hacerle perder un átomo de su originalidad, condicion esencial á la vitalidad del talento en un artista.

Llegado á Venecia se puso á dibujar y copiar al Ticiano, al Tintoretto y á Paulo Veronés, y de allí se fué á Roma, donde el papa Urbano VIII le dió habitación en el Vaticano. Entonces copió á Miguel Angel y á Rafael, durante un año entero; de allí se dirigió á Nápoles á visitar á su compatriota Ribera, y previa la orden del rey, volvió á entrar en Madrid á principios de 1631.

El primer retrato que pintó Velazquez á su vuelta, fué el retrato encestre del infante don Carlos, que se ve representado en nuestro dibujo. Con verle solamente se tranquiliza uno sobre la influencia que habrían podido tener sobre el gran madrileño los genios como Miguel Angel y Rafael; su escuela había salido victoriosa é intacta de esa terrible prueba!

J. J. ANSOUE.

ABD-EL-KADER-BEN-SALAH.

Apénas había comenzado el alba á iluminar el horizonte, el día 2 de abril de 1848, cuando salieron de su tienda dos árabes y fuéronse alejando poco á poco del aduar de Guérouau, de que su tienda formaba parte. Los dos árabes eran Abd-el-Kader-Ben-Salah y su esposa, la jóven Fathma, que aun no habían cumplido diez y seis años, á pesar de estar casada desde 1844; pero ya se sabe que en la Argelia, como en la mayor parte de las regiones orientales, las mugeres llegan á la edad núbil á los nueve ó diez años, y envejecen á los veinte y cinco ó treinta.

El objeto aparente de aquella salida era un viaje al aduar Haluya distante pocas leguas del de Guérouau. El día antes Ben-Salah había obtenido de su suegra el permiso de que Fathma le acompañase á una visita que quería hacer á uno de sus parientes, que vivía en Haluya, y á quien, según decía, quería pedir algun socorro, porque era tal la miseria en

que se hallaba el matrimonio, que hacía diez días que Fathma no se alimentaba sino de alcachofas silvestres.

Ya llevaban tres cuartos de hora de camino, cuando Ben-Salah tomó una senda cruzada y dijo á su muger que lo siguiera; á poco rato se sentaron ambos al pie de unas zarzas.

Ben-Salah era un hombre de veintiocho años, y un tipo árabe en toda su pureza y toda su energía.

Fathma que, como hemos dicho, no había cumplido diez y seis años, aunque no podía llamarse hermosa, no dejaba de tener atractivos en su fisonomía. Sus pequeños ojos negros llenos de viveza y fuego y sombreados por unas cejas negras bien arqueadas, su boca algo grande rodeada de unos labios gruesos, pero que al entreabrirse dejaban ver una dentadura admirable; su frente alta é inteligente, su color algo oscuro; y por último, sus brazos perfectamente torneados y marcados con tinta azul hacia la parte de la muñeca, componían un conjunto interesante.

Después que se sentaron tomó Ben-Salah la palabra.

— Bien lo ves, Fathma, dijo; carecemos de todo. No nos queda ni riqueza ni techo que nos cobije, pues hasta he tenido que vender la tienda.

— Dios y el profeta se apiadarán de nosotros, contestó Fathma con dulzura.

— Así lo espero, repuso Ben-Salah, pero de todos modos tenemos que llevar una vida errante por ahora.

— ¿Qué quieres decir con eso? preguntó Fathma algo alarmada.

— Quiero decir que voy al Oriente, y deseo que me acompañes.

— ¡Imposible! replicó Fathma.

— ¡Es preciso! contestó su marido con una sombría resolución.

— Yo no puedo dejar á mi madre abandonada.

— Digo que es preciso que nos vayamos, repitió Ben-Salah.

— Vete tú si quieres... eres libre; pero yo no puedo separarme de mi madre... me quedaré en Guérouau.

— ¿Has olvidado que estás hablando con tu señor? exclamó Ben-Salah colérico. Vendrás conmigo, Fathma.

— Nunca, replicó la jóven.

— Digo que has de venir conmigo, y si no vienes de grado, te llevaré por fuerza. ¿Lo entiendes, Fathma?

— Lo entiendo muy bien; pero te advierto que si quieres llevarme á la fuerza, me pondré bajo la protección del primer francés que encontremos.

Al escuchar estas palabras de su esposa, Ben-Salah se levantó ciego de furor.

— ¿Es así como quieres cumplir tus deberes de esposa y de musulmana? gritó. Hace tiempo que sospecho tus manejos... hace tiempo que sé que prefieres esos franceses á mí... pero ha llegado el momento en que esto tenga un término.

Conforme hablaba crecía su exasperación, y por último, cogió con una mano á su muger por el cuello, y con la otra tiró de su *msibrah*.

A la vista del arma, la desdichada Fathma empezó á temblar.

— ¡Piedad! gritó deshecha en llanto.

— ¡No! replicó furioso Ben-Salah. No hay piedad para la esposa desobediente y sin duda infiel...

— ¡Déjame á lo menos que recé mi última oración! dijo la pobre niña.

Pero Ben-Salah no escuchó las súplicas de Fathma, sino que empezó á descargar sobre ella golpes de la mas odiosa

barbarie. Del primer tajo, dirigido á la cabeza, la derribó á sus pies, y enseguida la hirió en la nuca, no hallando límites á su furor. La desdichada víctima recibió en todo su cuerpo mil heridas que en vano procuraba parar con sus brazos destrozados.

Sin embargo, en medio de aquella horrorosa escena, Fathma conservó una presencia de ánimo admirable, y comprendiendo que su verdugo no cesaría de herirla hasta que la juzgase muerta, no volvió á hacer movimiento alguno, ni á tratar de huir los golpes.

El asesino entonces hundió su cuchillo en el cuello de su esposa... y cuando vió el torrente de sangre que brotaba de aquella última herida, creyendo que ya de su cuerpo se había separado toda vitalidad, la desnudó y la arrojó á un zarzal.

Limpio después su *msibrah*, echó algunas brozas sobre el cuerpo enteramente desnudo de su víctima, con objeto de ocultarla á las miradas de los transeúntes, y llevándose la ropa de Fathma, se alejó aquel miserable con la convicción de que su muger no respiraba ya, y de que el crimen, cuyo solo testigo había sido Dios, quedaría impune sobre la tierra.

Pero muy lejos de suceder así, Fathma no solo no estaba muerta, sino que no había perdido un instante su conocimiento.

Esperó á que su marido estuviese bastante lejos para salir, sin que él la viese, de entre las matas que la cubrían y dejó zarzal en que la había arrojado. Entonces arrastrándose y valiéndose de pies y manos llegó hasta el camino, y á pesar de su estremada debilidad por la sangre que corría de sus heridas, tuvo bastantes fuerzas para implorar el socorro de un europeo que pasaba.

Viendo esto á la infeliz criatura, no tuvo valor para detenerse, bien horrorizado de aquel espectáculo, ó temiendo que fuese un lazo que le amaban.

A los pocos minutos apareció un árabe en el camino, y acudiendo á los gritos de Fathma, la cubrió con su albornoz y la llevó á la choza de su madre, á quien contó cuanto acababa de suceder.

No tardó la justicia en tener conocimiento de este horroroso crimen, é inmediatamente dispuso que se hiciesen las investigaciones necesarias, y estas tuvieron un éxito completo. Ben-Salah fué preso, y el día 14 de julio compareció ante la audiencia de Argel.

El delincuente negó su culpabilidad sobre los celos. Supuso que el día antes al del crimen había sorprendido entre su suegra y su esposa una conversacion de la cual resultaba que Fathma tenia un amante; que entonces había tomado la resolución, no de matar á la desgraciada, sino de corregirla con severidad, de darle una leccion de que se acordaría siempre.

Fathma que estaba presente en el tribunal, negó energicamente las acusaciones de su marido. La jóven árabe conmovió profundamente el auditorio, contando los hechos cuyo extracto hemos espuesto, y un murmullo de dolor se dejó oír por toda la asamblea cuando aquella infeliz, levantando por algunas partes el *haik* que la cubría y desatando los pañuelos con que sujetaba las heridas de su cabeza y cuello, presentó las terribles cicatrices que surcaban en todos sentidos sus manos, brazos y cabeza, y cuyo número era de diez y ocho. Un grito unisono de horror salió de todos los circunstantes cuando Fathma enseñó la última herida, que llegaba desde el estremo de la oreja derecha hasta debajo de la barba.

La culpabilidad de Abd-el-Kader-Ben-Salah era demasiado evidente para admitir largos debates. Fué declarado unánimemente culpable de haber intentado matar á su muger, aunque sin premeditación; pero gracias á la admision de circunstancias atenuantes, solo se le condenó á la pena de veinte años de trabajos forzados.

Por lo demas, el casuado oyó pronunciar su sentencia sin la menor alteracion: indiferencia que, en vista de tan terribles acontecimientos, marca al acaso uno de los rasgos característicos de la raza oriental.

ENVENENAMIENTO POR EL FOSFORO.

Cuando una persona ha sido envenenada por el fósforo, leemos en la *Abeille médicale*, y que el tóxico fué tomado en estado sólido, la regla que conviene seguir para oponerse á sus estragos, es administrar dos ó tres granos de emético á fin de hacer se vomite antes que tenga tiempo de obrar ó al menos antes de que haya producido ninguna accion notable. Si el fósforo ha sido ingerido en grande estado de division, pueden obtener grandes ventajas del método que consiste en hacer tomar lo mas pronto posible al enfermo una cantidad considerable de agua que contenga en su presion la magnesia descarbonatada. Esta práctica tiene el triple objeto: 1º de impedir que el fósforo quemado se pusiera en contacto con el aire del estómago; 2º provocar el vómito distendiendo considerablemente el órgano sin aumentar la irritacion que la sustancia venenosa hubiese producido en el estómago; 3º en fin, saturar los ácidos del fósforo que se haya podido formar é impedir corraan los tejidos.

Como en tales casos no siempre se tiene á la mano la magnesia, el agua de javon, la legía de lavar y una agua alcañizada, tal como la que se obtiene lavando, las cenizas de los fogones se pueden emplear con éxito. Tambien se puede aprovechar la propiedad que tienen los ácidos de coagular la albumina, hacer uso del agua que contenga la solución posible de estos principios. Igualmente se ha preconizado el empleo del agua hirviendo enfiada al abrigo del contacto del aire; este liquido presenta la doble ventaja de no llevar al fósforo ningun elemento de combustion, y de determinar mas fácilmente el vómito.

Si á pesar de estos medios se manifiesta la inflamacion de las primeras vias, ó que el enfermo sea presa de fenómenos nerviosos alarmantes, hay que recurrir sin dilacion á los antiojísticos mas enérgicos.

Las publicaciones alemanas recientes nos dicen que un químico alemán, M. Duflos, ha recomendado un nuevo antídoto en el caso de envenenamiento por el fósforo. Tal es el hipoclorito de magnesia que se obtiene mezclando una parte de magnesia calcinada y ocho de agua de cloro.

Hé aquí la fórmula adoptada por el autor para preparar este medicamento:

R. Magnesia calcinada. 44 granos.
Agua de cloro. 5 dracmas.
Agua destilada. 4 onzas y 2 drac.

Se debe agitar antes de cada toma, para poner en suspension la magnesia que permanece en libertad.

MM. Duflos y Becherl han hecho en los perros una série de experimentos para comprobar los buenos efectos de esta preparacion, y los ensayos de estos prácticos han sido coronados de feliz éxito, ya se hubiese el fósforo administrado en solución aceitosa, ya incorporado con harina.